

que sirve casi de "leitmotiv" a su obra y la concatena más que ningún otro, es el que Salinas denomina "erotismo hedonista", "erotismo trágico" y "erotismo agónico", denominaciones certeras que corresponden a las tres etapas por que atraviesa el tema en su evolución, tanto en la poesía como en la parábola vital de Rubén. Lo erótico en Darío había sido señalado antes muchas veces, pero nadie había rastreado su evolución con la perspicacia crítica con que Salinas lo hace. Tampoco se había esclarecido la profunda metamorfosis que se opera en este tema en los años de madurez y finales del poeta, en los cuales aparece ya fundido con el sentimiento religioso, la melancolía y el terror de la muerte. Esta evolución la indaga y constata el autor con diligente acuciosidad y puntualiza los diferentes símbolos en que se encarna en cada etapa a medida que el hedonismo juvenil se atenúa para dar paso a una filosofía más espiritualizada y trascendente. Entre los subtemas o constantes de orden secundario —secundarios solamente en la cuantía o frecuencia con que aparecen, no en su importancia intrínseca, ya que ellos inspiran los más bellos y perdurables cantos de Darío— Salinas estudia el amor al arte, que en Rubén se dió en altísimo grado, la obsesión de la muerte y la preocupación político-social. Cada uno de estos subtemas aparece prolijamente examinado en sendos capítulos.

Salinas concede mayor importancia social y política a no pocos poemas de Darío de la que los críticos le habían reconocido. Algún lector de filiación izquierdista, acaso estime que Salinas sutiliza y exagera el valor social o político que tales poemas encierran y que no es suficiente para otorgarle el rango de "poeta social" —o "político"— que el autor le confiere. Mas desde el ángulo en que Salinas enfoca el problema, no puede negarse que su tesis queda probada, y de hoy en adelante no podrá hablarse de Darío como de poeta de la torre de marfil, que escribe de espaldas a la realidad y divorciado de ella. Cierzo que no fué Rubén poeta social o político en el sentido restringido y beligerante en que el término se emplea actualmente cuando hablamos de poetas que escriben en función de propagadores de la ideología de signo marxista o de cualquier otro credo redentor del proletariado. Darío no era poeta clasista ni le preocupó nunca el conflicto entre el capital y el trabajo. (Esta particular sensibilidad social no aparecerá en los escritores americanos hasta muchos años más tarde. De la promoción de



Rubén Darío sólo José Martí percibió la injusticia vigente y se puso del lado de los que la sufrían). Rubén desdenaba lo mismo al burgués adinerado y ramplón que a la masa ignara y tosca. Nunca se sintió —como Martí— identificado con el dolor y la miseria de los humildes, pero tampoco dirigió contra ellos los dardos de su ironía. Si alguna vez la empleó o apeló a la sátira, sus blancos no fueron los "pobres de la tierra" sino la vanguardia adinerada, los ricos sin alma y sin refinamiento espiritual; jamás el pueblo menesteroso. La realidad social que a Darío preocupaba era otra muy distinta y no tenía nada que ver con la lucha de clases a que hoy asistimos. Lo mismo puede decirse de su concepto de la política. El abogaba por una política superior, de amplitud ecuménica dentro del orbe hispano. Rubén menospreciaba el patriotismo de campanario, la política manida y homeopática de los minúsculos países centroamericanos que imperaba en sus días —y aún subsiste— y propugnaba una superación de la mediocridad de su hora. Otro transido anhelo de sus últimos años fué la paz, la cual llegó a convertirse en obsesión hacia el final de su vida. A esta luz hay que interpretar los calificativos de "poeta social" y "poeta político" con que Salinas enriquece la hermenéutica rubeniana.

Manuel Pedro GONZALEZ.

University of California,
Los Angeles, California.

El bicentenario de Goethe

(Viene de la página 264)

razonable sería que cada cual se atuviese a aquella profesión para la cual ha nacido y aprendido, no impidiendo a los demás hacer lo propio: El zapatero a sus zapatos, el labrador a su arado, y el príncipe a su gobierno. Pues también el gobernar es una profesión que necesita aprendizaje, y nadie que no lo entienda debería osar a poner en ello sus manos".

La crítica superficial calificó irreflexivamente a Eckermann, de carente de talento, basándose en que la obra recoge con demasiada fidelidad las palabras de Goethe. Pero, ¿acaso en esa fidelidad no radica, precisamente, el

valor y el mérito más singulares del voluminoso libro? ¿Y acaso esa fidelidad con que fueron recogidas las confidencias del glorioso vate alemán no demuestra, palmariamente, las talentosas y escrupulosas cualidades no sólo literarias sino morales de Eckermann? En vez de torpe y caprichosa censura, bien merecedor se hizo, por consiguiente, el entusiasta y honrado confidente de Goethe, al elogio y a la gratitud sincerísimas que por razón de tan elevado y cumplido empeño se le tributan en los dominios universales de la cultura.

El libro de Eckermann, por tanto, ofrece una excelente síntesis evocadora, en estos días del bicentenario del nacimiento del gran poe-

ta alemán; ya que en las páginas fidedignas de ese libro revive con toda su grandeza la personalidad de Goethe; en medio de los suyos, en el ambiente íntimo de su casa, de sus familiares y amigos; de sus preferencias, gustos y costumbres; señala la predilección que sentía por todas las artes y por el embellecimiento de la vida; evidencia cuán justa era la fama y el poder de atracción que el semidiós ejercía no sólo entre sus compatriotas sino entre los personajes europeos más insignes de su época, entre éstos Napoleón, de quien se sabe que después de conversar con aquél extensamente, le impuso la Legión de Honor y le dijo estas palabras: "Amigo Goethe: ¡Sois todo un hombre!"

En las últimas páginas del libro de Eckermann se asiste, además, al ocaso de aquella existencia gloriosa, en la capital del principado o corte chiquita de Weimar, ciudad que por atracción del genio se había convertido, según frase célebre, en "residencia de diez mil poetas y algunos habitantes". Allí expiró Goethe, en 23 de marzo de 1832; y aquellos instantes sombríos, como si quisiera reafirmarse serena y simbólicamente en el afán más puro de toda su vida (el de la claridad y la comprensión sin límites), hizo abrir la ventana de su alcoba y retirar las cortinas, pidiendo "¡luz... más luz aún...!"

Poetas, artistas, temperamentos nobles y estudiosos, seres torturados fatalmente por las angustias y las asechanzas que se derivan de los problemas políticos, sociales y económicos presentes: todos los que a despecho de preocupaciones acerbadas mantenéis en el sagrario de vuestra intimidad algún interés por ideologías o sentimientos de valor perdurable; cuantos estéis deseosos de explayar el espíritu en abstracciones aquietadoras o consoladoras, recurrid en estos días a las obras poéticas o literarias de Goethe. Y no dejéis de renovar vuestra admiración y respeto por la memoria del gran comprensivo de Weimar, mediante la lectura o repaso y meditación de sus *Conversaciones* con Eckermann. Difícilmente hallaríais mejor y más oportuno sedante para que en vuestro espíritu renazca, por algunas horas, la dulce placidez sin cuyo disfrute regulado, en medio de los embates de la adversidad, la vida, realmente, fuera muy penosa.

La Habana,